

LAS SEIS DE LA MAÑANA

A LUIS ROSALES.

(Luis: Aunque se trata de un poema de amor vivo, sin convenciones, no consigo alejar de mí la incómoda sensación de ser un niño ostentando su versito en tu homenaje. Me temo que nuestra amistad esté demasiado apoyada en tu tolerancia.)

Las seis de la mañana. Hace diez horas
que comenzó la discusión. Y estamos
envejecidos de sufrir. Confusos.
Sin nada que fumar. Encafeinados.
Los ojos con arena. Malheridos
de intentar comprender nuestro pasado,
toda la vida que no fue y quisimos
y nos resulta un angustioso dato
porque no comprendemos. No se ordena.
Y hemos propuesto. Roto. Argumentado.
Y da lo mismo todo. Y las palabras
tienen diez horas de significado
y pesan. No se entienden. Se soportan.
Y el lenguaje es así. Con demasiado
sentido se convierte en desconcierto.
Una torpe cortina. Un abrumado
monólogo incoherente. Un pobre gesto
inútil entre dos desencontrados
tras diez horas de humoso laberinto
en un montón de anécdotas. Cansados
de herir. Herirse. Hablarse. Envenenarse
mientras transcurren los mejores años
de nuestra vida, como dicen. Porque
vivir no es fácil. No. Y hemos optado
por el conocimiento de los hechos
que nos asolan. Hechos enredados
tal vez por nuestra propia resistencia
para aceptar el mundo como un caos
ajeno a las palabras. Y aunque todo
nos impulse a vivir. Y existan sábados

de mejor las visitas. Y haya noches
de mejor ir al cine. Y otros diálogos:
—Es hermosa tu piel. —Los niños quieren
que les juguemos títeres. —Huyamos
hoy prefiero el jamón a los poemas.
—Me gustaría ver al viejo Eduardo,
charlar con él. —Bañémonos hoy juntos.
—«Aquel invierno estuve ensarmentando
la viña de mi abuelo, Eladio López...»
qué poema entrañable como Eladio.
—Hoy la Argentina me obsesiona. —Félix
y Paquita, en verdad, nuestros hermanos...
volvemos tercamente a las palabras.
Volvemos a esta noche de los párrafos
con acidez. Al cruento monosílabo.
Volvemos al rencor inesperado
que gotea en las pausas y que obliga
a decir nuevas frases. Regresamos
de vivir los amigos, mundo, cosas
como si todo aquello fuera falso.
Como si discutir fuese un suceso.
Como si lo demás nos fuera extraño.
Como si la razón de nuestra vida
no fuese convivir, sino explicarnos.

(No es fácil convivir y ser persona.
Quiero decir, los límites exactos
de la filosofía —yo y el otro—
son simplemente esquemas de trabajo.
¿Quién soy yo frente al otro, si en el otro
fundamento mi vida? Mi retrato
—el que supongo mío— es el reflejo
que produce en el otro mi contacto.
Yo me soy. Pero soy a causa de otro.
Me erijo en yo tan sólo de enfrentado.
Tan sólo por defensa irreprimible.
Por angustia. Terrores. Desamparo.
Y resulto el que puedo. El que consigo
ser a través del otro que combato
porque me asusta. Y soy el que desprecio
o se oculta en el otro disfrazado
de adhesión. O procura ser su amigo

en un intento de salvarse en ambos
para habitar el mundo y no sentirse
desconsoladamente solitario
entre aerolitos. Bombas. Terremotos.
Ascensores que caen ululando.

Pero además tampoco soy nosotros
—sociología estéril del rechazo
del individuo y sus complicaciones
que impiden el progreso sin esclavos—
porque el nosotros yo no sé si existe.
O mejor, sólo he visto un despiadado
nosotros: el nosotros insultante.
El nosotros con nombres y contrarios.
El de la caridad bien entendida
que empieza por la casa. Nuestro barrio.
Nosotros, el partido. Nuestra patria.
Nuestra fe. Nuestros símbolos amados.
Nuestra razón. En fin, ese nosotros.
del odio temeroso organizado
que ha dividido el mundo con fusiles
y la gente en los buenos y los malos.
Ese nosotros tan aprovechable
que ya no es útil. Ni siquiera sano
entre aerolitos. Bombas. Terremotos.
Ascensores que caen ululando.)

Amanece. Nosotros persistimos
nafragando en silencio. Innecesarios
ante el amanecer. Desconociéndonos.
Desabridos. Con sueño. Derrotados
por las palabras. Bocas contraídas
que se sienten injustas. Condenados
ante el día que empieza. Ante los hijos
que duermen todavía. Tiernos vástagos
de la literatura rosa: golpes.
Jolgóricos chillidos. Pelotazos
que rompen todo. El mundo de la infancia
igual al nuestro: con violencia. Llanto.
Errores. Miedo. Un mundo de aquelarre
que simplemente crece cada año,
vivir es peligroso siempre. Sólo

que con el tiempo nos resulta claro,
 nos damos cuenta, nada más. Seguimos
 —parece obcecación— desvencijados
 ante los hechos que se vienen: panes
 con manteca. Caricias. Más zapatos,
 los niños crecen por los pies. Temores
 a las enfermedades, nuevos gastos.
 Hay que cerrar el gas. Las escaleras,
 ojo. Hay epidemias. Preservando
 la vida. La llamita nunca firme.
 El plumón que consigue desarmarnos,
 incómodo bebé. La temblorosa
 —cuando la transfusión, puñito atado
 a una tablita— vida. Terca vida
 sin saber para qué. Desesperados
 tal vez porque los niños nos vigilan
 y crecen. Y preguntan deslumbrados
 por el mundo. Su vida. Por nosotros,
 nuestra sabiduría. Y este cuarto
 de los misterios incitantes. Este
 lugar prohibido: «Gente Trabajando.»
 —Por qué la noche triste es la importante.
 —Mi noche triste, título de tango.
 —Qué elegimos. —No sé, ya no interesa.
 —Nos interesa, sí, por eso hablamos.
 —Y para qué. —Para encontrar razones,
 las razones de hablar también. —Acaso
 es miedo a decidir. —No tengo miedo
 o si lo tengo es miedo a equivocarnos.
 —Alguien se equivocó. —Los dos. —Entonces
 ya no tiene importancia. —Hay que hacer algo
 pero mejor y juntos: explicarse
 lo que nos pasa. —Tardaremos tanto...
 —Aunque tardemos toda nuestra vida.
 —Coacción. No seamos los juntados.
 Eso no justifica nuestra vida.
 O los juntos o nada. —O complotados
 en torcer las palabras... —Como todos.
 —... o vivir sin saber. —Igual que el tango:
 «querer sin presentir». —No hablemos de eso,
 no hay palabras de amor. Sólo los actos.

—La cama no es amor, ya lo dijimos.
—Un modo de entenderse, dicen. —Vamos,
quieren vivir sin entender. Eligen
cerrar los ojos. —No será tan claro.
—Nosotros elegimos ver. —Nosotros
dijimos que el nosotros es un lazo
que se debe aclarar. —Tú y yo. —Nosotros,
tú y yo, somos dos seres que tratamos
de vivir para dos y ser nosotros
y ser al mismo tiempo un ser humano.
—Amores de estudiante, que le dicen.
—«Amores de estudiante», como el tango.

(¿Qué conocemos bien del sentimiento?
Los antiguos esquemas: dominarlo
que significa reprimir. Temerle.
La superestructura o pobres diablos.
Confundimos palabras: emociones
—la sensación abrupta reaccionando
que desintegra el yo, viejo proyecto
del irracionalismo y los románticos—
con sentimientos. Con desconocidas
razones de conducta. Que negamos
porque nos rompen los motivos nuevos.
Falta bibliografía. Freud y acaso
algunos otros. Poco. Simples notas.
Apenas un principio. Y lamentamos
que no nos unifique el pensamiento.
Que sólo nos reúna el afiebrado
sentimiento nutrido por los símbolos
que usaban trogloditas atrasados
aunque con nueva técnica: el aviso.
Catedrales. Fronteras. Espectáculos.
Y manifestaciones. Los recursos
del Homo Ludens de Huizinga. Insanos
divertimientos: dan para la guerra.
El crimen pasional. Los explotados.
El fanatismo. No hay posibles dudas.
Mejor las negaciones. Nos llenamos
la boca de humanismo. El hombre. El hombre.
Con mayúscula siempre. El homo sabio.
Porque nada se mueve a sentimientos,

con excepción del arte. Los abrazos, mal que nos pese. Toda convivencia de escasa hipocresía. Los remansos en la paternidad. Muchas ventanas abiertas a la risa. Los soldados de las revoluciones. Varias cosas que hacen el mundo más hospitalario. Pascal: «El corazón tiene razones que la razón no entiende.» Confirmamos su existencia. Eso es todo. Decidimos —nos dan miedo las cosas que ignoramos— que no interesan. Son un mecanismo sin importancia frente al aparato de nuestra inteligencia: se equivocan. Nos deprimen. Consiguen desquiciarnos. El pensamiento no. Los pensamientos son perfectos. No están condicionados por la época, lógico. No existen pensamientos que mueren destripados por cualquier lucidez. Parecería que antes de todo hecho razonamos. Que no es primero el miedo, un sentimiento. Que los hechos no son modificados por fuentes imprevistas: la alegría. La piedad. El dolor. El desengaño.)

Ya es de día. La noche no termina. Simplemente se oculta al otro lado del día. Hay mucha noche. Ya sabemos que nada se concluye. Nuestro caso es aplicar el joven pensamiento —conocer y no bien, cómo pensamos llevó unos treinta siglos más o menos— a la cuestión social. Porque intentamos en realidad, urdir la convivencia de mañana. Salir del descabro del hecho y la conciencia y lo que siente cada uno distinto y alejado. Porque el mundo camina. Se transforma, según se dice. Esto ya es un cambio, lo que nos pasa juntos. Todavía no sabemos qué es. Conjeturamos

de acuerdo a nuestro gusto: más justicia.
Más libertad. Más vida. Más humanos,
a lo mejor sucede. Pero el hecho
es que vivimos mundo antiguo. Andamos
por calles medievales. Nos hechiza
el vuelo de los *jets* que no viajamos.
Invertimos el día en alimento
y parte de la noche en completarlo,
porque el hambre persiste. Presentimos
que cuando el mundo estalle atomizado
también estallaremos. La astronáutica
se ocuparía de alguien más nombrado.
Y entonces comprender casi es ridículo
o por lo menos desproporcionado.
Demasiada ambición que dos cabezas
comprendan este mundo. Y arreglarlo,
un propósito absurdo en dos personas
que deben trabajar con un horario
continuo: todo el día. Que eligieron
—viejo derecho— ser los juntos. Trato
que no saben cumplir del todo. Tienen
sólo su pensamiento quebrantado.
Su corta vida pobre. La ignorancia,
el temor de asumir sus desbordados
sentimientos, viejo derecho. Quieren
vivir —viejo derecho— realizados.
Aman a sus cachorros. Y pretenden
que no les duela. Y hablan. Y han pasado
la noche discutiendo. Y ya se vuelven
a sus tareas solos. Restañando,
lamiendo sus heridas. Decididos
a seguir simplemente igual. Usando
su derecho a sufrir. Viejo derecho
que enunciara Fellini. Comprobando
que «la felicidad —viejo derecho—
es decir la verdad sin que haga daño.»

«UNO»

«Si yo soy tu sentido. Si mi vida
justificase tu vivir. Si todos
tus hechos fuesen la piedad. Pañuelos
en mis gripes de angustia. Mis enojos

conmigo. Mi comida sin horarios.
Mi aplicación en nada. Mis antojos
de buscar la verdad, cierto el fracaso.
O el disimulo en besos de mi insomnio.
Si yo soy tu razón y el mundo acaba
con mi vida o mi muerte, estos destrozos
indefectibles que pasamos juntos,
quiero decir, que no parecen solos
algunas veces. Si tu vida es mía,
tú no eres tú ni yo soy yo. Y no somos
un hombre, una mujer, seres humanos
que tratan de vivir juntos del todo
sino la indiferencia del esclavo.
Sino la cobardía hasta el sollozo.

Porque apenas soy límite a tus hechos
de vez en cuando. Alguno de tus modos
de saber que eres tú. De percibirte
tú misma. Tú volviendo de mi rostro.
Tú para ti. Tú libre. Recobrada
de un mundo siempre lleno de cerrojos
para ser. De un estado de desgracia.
De tantas condiciones de despojo.
De tanto descubrir que era imposible.
De tanto comprender que era muy poco.

Y si tu vida tiene algún sentido
no ha de ser esta mía: el seco trozo
de verso que rescato. La afonía
cuando debo decir. El despropósito
que me empeño en pensar. El concentrado
cultivo de la muerte sin asombro.
Y aunque pueda afirmar que estamos juntos
porque también lo quieres. Y el contorno
es un paisaje triste si te alejas.
Y es bueno usar tu casa. Y el retorno
comienza si me marchó, no es renuncia
ni heroica devoción de calabozo.
No es que soy tu sentido. No es que eliges
dejar de ser. Cambiar tu ser por otro.
Tú te propones tú junto conmigo.
Eliges simplemente lo que todos

elegimos: ser uno. Ser tú misma
junto con los demás. No es generoso
ni es sacrificio. Es más difícil. Quieres
vivirte. Serte. Conseguirte a fondo
de la mejor manera. Esa que a veces
suena posible con decir nosotros.

Suena posible como en las esquinas
parece que hay milagros y es el polvo.»

(Palabras. Más palabras, viejo William.
Yo también hago versos. Desmañados
sonetos y caóticos poemas.

Un libro a mi mujer, inacabado.
Con estos seis poemas que transcribo.
«Que haya nacido yo para ordenarlo.»
Al mundo, por supuesto, viejo William.
Y con palabras que no sé y usamos
por puro oficio. Un mal oficio. Artero
oficio de tahúr. Juego de manos
que se empeña en sobrar. El maquillaje
exquisito que quiere disfrazarnos
con una enfermedad de la semántica:
su sentido de más. Un engolado
oficio, viejo William. Triste oficio
en un mundo que juega a los vocablos.
Donde dice razón, léase bombas.
Donde dice vivir, léase en vano.

Palabras, viejo William. Las palabras
que aprendemos de niño, tropezando.
Un tropel de palabras necesarias:
mamá, duele, papá, comida, baño.
Que se embrolla en la escuela, viejo William:
virtud, honor, justicia, ley, pecado.
Un montón de palabras imprecisas.
Las palabras del pronto desengaño
que nos fuerza a leer los grandes libros
en busca de un mejor significado
de dos o tres apenas: yo, nosotros,
libertad, que después nos encontramos
no caben en los hechos, viejo William.